

Gabriel  
García Márquez

Camino a Macondo

FICCIONES 1950-1966

*Diana*

© Gabriel García Márquez  
y Herederos de Gabriel García Márquez, 2020, 1950, 1952, 1955, 1954, 1955, 1961,  
1962, 1962, 1966.

© 2020, Conrado Zuluaga, por la selección de los textos y la nota editorial  
Licencia editorial otorgada por Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

© 2020, Alma Guillermoprieto, por el prólogo

Diseño de portada: Estrada Design  
Fotografía del autor: © Steve Pyke / Getty Images

Derechos reservados

© 2021, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.  
Bajo el sello editorial DIANA M.R.  
Avenida Presidente Masarik núm. 111,  
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo  
C.P. 11560, Ciudad de México  
[www.planetadelibros.com.mx](http://www.planetadelibros.com.mx)

Primera edición en formato epub: septiembre de 2021  
ISBN: 978-607-07-7967-1

Primera edición impresa en México: septiembre de 2021  
ISBN: 978-607-07-7806-3

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.  
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México  
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

Prólogo	9
Nota editorial	23
Camino a Macondo	35
Primeros textos	37
La casa de los Buendía	39
La hija del coronel	42
El hijo del coronel	45
El regreso de Meme	48
Monólogo de Isabel viendo llover en Macondo	50
Un hombre viene bajo la lluvia	59
Un día después del sábado	64
La hojarasca	89

# ÍNDICE

El coronel no tiene quien le escriba	205
Los funerales de la Mamá Grande	275
La siesta del martes	279
Un día de estos	287
En este pueblo no hay ladrones	291
La prodigiosa tarde de Baltazar	321
La viuda de Montiel	330
Rosas artificiales	337
Los funerales de la Mamá Grande	344
La mala hora	363

## La casa de los Buendía

(apuntes para una novela)

La casa es fresca; húmeda durante las noches, aun en verano. Está en el norte, en el extremo de la única calle del pueblo, elevada sobre un alto y sólido sardinel de cemento. El quicio alto, sin escalinatas; el largo salón sensiblemente desamueblado, con dos ventanas de cuerpo entero sobre la calle, es quizá lo único que permite distinguirla de las otras casas del pueblo. Nadie recuerda haber visto las puertas cerradas durante el día. Nadie recuerda haber visto los cuatro mecedores de bejuco en sitio distinto ni posición diferente: colocados en cuadro, en el centro de la sala, con la apariencia de que hubieran perdido la facultad de proporcionar descanso y tuvieran ahora una simple e inútil función ornamental. Ahora hay un gramófono en el rincón, junto a la niña inválida. Pero antes, durante los primeros años del siglo, la casa fue silenciosa, desolada; quizá la más silenciosa y desolada del pueblo, con ese inmenso salón ocupado apenas por los cuatro [...] (ahora el tinajero tiene un filtro de piedra, con musgo) en el rincón opuesto al de la niña.

Al lado y lado de la puerta que conduce al dormitorio único, hay dos retratos antiguos, señalados con una cinta fune-  
raria. El aire mismo, dentro del salón, es de una severidad fría, pero elemental y sana, como el atadillo de ropa matrimonial

que se mece en el dintel del dormitorio o como el seco ramo de sábila que decora por dentro el umbral de la calle.

Cuando Aureliano Buendía regresó al pueblo, la guerra civil había terminado. Tal vez al nuevo coronel no le quedaba nada del áspero peregrinaje. Le quedaba apenas el título militar y una vaga inconsciencia de su desastre. Pero le quedaba también la mitad de la muerte del último Buendía y una ración entera de hambre. Le quedaba la nostalgia de la domesticidad y el deseo de tener una casa tranquila, apacible, sin guerra, que tuviera un quicio alto para el sol y una hamaca en el patio, entre dos horcones.

En el pueblo, donde estuvo la casa de sus mayores, el coronel y su esposa encontraron apenas las raíces de los horcones incinerados y el alto terraplén, barrido ya por el viento de todos los días. Nadie hubiera reconocido el lugar donde hubo antes una casa. «Tan claro, tan limpio estaba todo», ha dicho el coronel, recordando. Pero entre las cenizas donde estuvo el patio de atrás reverdecía aún el almendro, como un Cristo entre los escombros, junto al cuartito de madera del excusado. El árbol, de un lado, era el mismo que sombreó el patio de los viejos Buendía. Pero del otro, del lado que caía sobre la casa, se estiraban las ramas funerarias, carbonizadas, como si medio almendro estuviera en otoño y la otra mitad en primavera. El coronel recordaba la casa destruida. La recordaba por su claridad, por la desordenada música, hecha con el desperdicio de todos los ruidos que la habitaba hasta desbordarla. Pero recordaba también el agrio y penetrante olor de la letrina junto al almendro y el interior del cuartito cargado de silencios profundos, repartido en espacios vegetales. Entre los escombros, removiendo la tierra mientras barría, encontró doña Soledad un san Rafael de yeso con un ala quebrada, y un vaso de lámpara. Allí construyeron la casa, con el frente hacia la puesta del sol; en dirección opuesta a la que tuvo la de los Buendía muertos en la guerra.

La construcción se inició cuando dejó de llover, sin preparativos, sin orden preconcebido. En el hueco donde se pararía el primer horcón, ajustaron el san Rafael de yeso, sin ninguna ceremonia. Tal vez el coronel no lo pensó así cuando hacía el trazado sobre la tierra, pero junto al almendro, donde estuvo el excusado, el aire quedó con la misma densidad de frescura que tuvo cuando ese sitio era el patio de atrás. De manera que cuando se cavaron los cuatro huecos y se dijo: «Así va a ser la casa, con una sala grande para que jueguen los niños», ya lo mejor de ella estaba hecho. Fue como si los hombres que tomaron las medidas del aire hubieran marcado los límites de la casa exactamente donde terminaba el silencio del patio. Porque cuando se levantaron los cuatro horcones, el espacio cercado era ya limpio y húmedo, como es ahora la casa. Adentro quedaron encerrados la frescura del árbol y el profundo y misterioso silencio de la letrina. Afuera quedó el pueblo, con el calor y los ruidos. Y tres meses más tarde, cuando se construyó el techo, cuando se embarraron las paredes y se montaron las puertas, el interior de la casa siguió teniendo —todavía— algo de patio.

## La hija del coronel

(apuntes para una novela)

En la iglesia había una silla reservada para el coronel Aureliano Buendía, detrás de los últimos escaños, precisamente bajo el coro. Al lado de la silla, un sitio desocupado, donde la pequeña Remedios colocaba su almohadilla para arrodillarse cuando su padre lo hiciera. El coronel sólo usaba la silla durante el sermón. El primer domingo, Remedios no supo qué hacer cuando su padre se sentó. Ella siguió de pie todo el tiempo, sin moverse, hasta cuando los pies se le adormecieron y comenzaron a dolerle las rodillas. Después, cuando el sacerdote descendió del púlpito, el coronel se puso en pie y la niña no sintió más el adormecimiento ni los dolores, no porque se hubiera movido de su sitio, sino porque cuando el sacerdote dejó de hablar y su padre se puso en pie, la niña creyó que la misa había concluido. En las misas siguientes, Remedios ya sabía, sin haberlo preguntado, que durante el sermón debía sentarse en el escaño que le quedaba enfrente, pero sin llevar la almohadilla.

En esa época su conciencia empezó a llenarse con las cosas del pueblo, a comprender por qué debía vivir en la misma casa donde varias veces había reaparecido el miedo. En la escuela aprendió a coser. Aprendió a hacer adornos para la ropa y hasta es posible que entonces hubiera empezado a creer que todo eso era la vida, cuando concluyó el año, antes de que su



hermanita aprendiera a sostenerse en pie. Al año siguiente no volvió a la escuela. Remedios no sabía por qué, pero cuatro años más tarde recordaba que fue en las vacaciones cuando asistió a la iglesia en compañía de las mujeres, sin haber hablado todavía directamente con su padre y sin haberlo mirado a la cara durante alrededor de cuatro años.

Con las mujeres se sentó en los escaños de adelante, junto al sacerdote. Fue entonces cuando oyó cantar en la iglesia por primera vez. Remedios no extrañó el cambio de sitio en el templo. Posiblemente, ni siquiera estaba en edad para preocuparse por lo que significaba un cambio de compañía durante la misa. Pero cuando oyó cantar por primera vez, se asustó a las voces iniciales; se desconcertó. Frente a ella, el Arcángel Gabriel, con una mano alta y las alas plegadas, debió sentir también la voz de los cantores, porque Remedios vio la túnica disuelta en los espacios totales de la música y vio los pliegues sacudidos por una brisa tenue; por el airecillo redimido y absoluto de la nueva creación. Ella sabe que volvió la vista (porque la música sonaba a sus espaldas) y no vio a los cantores, pero vio, al final de la nave central, a su propio padre erguido, estirado, junto al sitio vacío donde estuvo su propia almohadilla durante un año entero. Y vio a su padre solo humano, conmovedor, con un aire de completo abandono al final de la nave. Sólo entonces tuvo deseos de estar allí, junto a su padre, sintiendo el adormecimiento de las rodillas.

Tal vez Remedios no recuerda que fue ésa la segunda vez que miró de frente a su padre y que el rostro no era ya parecido al de los pájaros, sino exactamente igual a como lo había querido ver durante largos años al extremo de la mesa.

Repentinamente, el mundo de su padre se le volvió claro. Fue como si la voz de los cantores hubiera descorrido un velo que durante toda su vida se había interpuesto entre su padre y ella. Entonces comprendió por qué su padre no le

había dirigido nunca la palabra y comprendió que un hombre no tiene necesidad de hablar con su hija menor cuando la hija sabe hacer las cosas a tiempo, correctamente, como el padre habría querido que las hiciese si la hija las hubiera hecho de una manera distinta. Y comprendió por qué, cuando iba los domingos a misa de ocho cogida de la mano de su padre, pudo pensar que un padre no era más que eso. Un hombre que lleva de la mano una niña con quien no debe cruzarse una palabra durante todo el tiempo.

Eso sucedió un domingo. El lunes, Remedios empezó a crecer apresuradamente.

## El hijo del coronel

(apuntes para una novela)

Tobías no llegó a las nueve. El coronel lo esperó hasta las diez, pero el muchacho llegó antes. Doña Soledad sabía, sin embargo, que el coronel no lo habría esperado después de las diez. Durante ocho días lo esperó hasta esa hora, pero el sábado siguiente el muchacho no llegó y el coronel cerró la puerta, como si nada hubiera pasado. Entonces empezó lo más grave. Tobías sólo fue a la casa el miércoles, cuando ya no estaba el puesto en la mesa. Comió en el patio, se acostó temprano y el jueves no salió a la calle. El viernes no había salido aún.

El viernes Tobías habló con los de la casa. El viernes se sentó a la mesa. En la tarde, doña Soledad dijo a su marido:

—Está arrepentido. ¿No crees que esto puede ser un milagro?

—Dios no hace milagros con los borrachos —dijo el coronel—. Mañana saldrá y es posible que no regrese.

Y fue como si el coronel lo hubiera adivinado, porque Tobías salió el sábado al atardecer. Nadie hizo ningún comentario en la casa. Doña Soledad permaneció distante y concentrada. Durante la noche, despertó varias veces y rezó. El miércoles siguiente dijo a su marido: «¿En serio crees que no vuelve?». El coronel no levantó la cabeza. «Volverá cuando lo acose el hambre», dijo.

El viernes Tobías volvió a la casa. Llegó por el patio, directamente a la cocina, y comió desordenadamente. Doña Soledad no le dijo nada cuando lo vio venir porque sintió como si lo hubiera estado esperando durante toda la semana. Cuando lo vio en la puerta, no le dijo nada, pero miró los platos que estaban sobre la mesa, con la comida guardada del almuerzo. Todos esos días había estado aguardando el almuerzo. Desde cuando el coronel dijo: «Volverá cuando lo acose el hambre». El muchacho entró a la cocina sin hablar, pero debió seguir la dirección de la mirada de doña Soledad, quien seguía fija en los platos, porque caminó hacia la mesa, tambaleando, y devoró la comida como si fuera un animal con el cuerpo de un hombre y el hambre de un perro.

La cosa siguió así por varias semanas. Aparentemente, el coronel no sabía que su hijo llegaba cada dos o tres días a la cocina, donde doña Soledad le guardaba los alimentos. Tobías estuvo haciendo eso durante tres semanas, hasta cuando llegaron las fiestas. Entonces no volvió.

El primer día doña Soledad guardó la comida, como siempre.

Pero el muchacho no fue. Por la noche, cuando cerró la cocina, no apagó el fogón, sino que lo dejó encendido y puso los platos al rescoldo, pensando: «Si siente hambre esta noche, sabrá que la comida está aquí. Tal vez, dondequiera que esté, se sienta demasiado aturdido para seguir a su corazón, pero el olfato lo traerá aquí, donde ha encontrado la comida todas las tardes».

El coronel retrocedió hacia el asiento, jadeando, sin dejar de señalar con la mano que sostenía la correa, la puerta donde Tobías se encontraba encogido, aferrado a los bordes, babeando de dolor y de rabia. Doña Soledad corrió hacia su hijo. Cuando trató de levantarle la cabeza, el muchacho le apartó el brazo con el codo. Estaba con la cabeza apoyada en el marco de la puerta, rabiando, mordiéndose los labios en una lucha

feroz contra sus revueltos instintos. Doña Soledad trató de reposarlo. «Siéntate ahí —dijo—. Repósate en la banqueta del rincón». El muchacho dio una nueva sacudida, levantó la cara para mirarla, pero no encontró el rostro de la mujer donde creyó encontrarlo y sus ojos blanquearon en el vacío. Entonces empezó a moverse hacia el patio, con unos torpes movimientos de bestia acorralada. «Ya me voy», dijo, espumeando. Sólo entonces la madre empezó a perder la serenidad, lo agarró por el cuello de la camisa (con el poco de fuerza que podría tener su mano para sostener el cuerpo enorme de aquel animal castigado) y le dijo entre dientes con una voz que no podría oír el coronel: «No te irás. Te aseguro que no te irás». Y lo sostuvo con las dos manos:

—Por lo menos, mientras no te comas un pedazo de carne.

## El regreso de Meme

(apuntes de una novela)

Después no sé con exactitud cómo sucedieron las cosas. Un día Meme no estuvo en la casa y ahora yo no podría decir qué pensé de todo eso. Pero recuerdo que tres o cuatro domingos después asistió de nuevo a la iglesia con aquellos tacones altos que no había usado antes, aquel traje de seda estampada y un sombrero rematado arriba por un ramo de flores artificiales que le desfiguraban el rostro. Siempre la había visto tan sencilla y descomplicada en nuestra casa, descalza la mayor parte del día, que ese domingo, cuando entró a la iglesia aquella gallina adornada que se apoyaba en la sombrilla a cada paso, me pareció una Meme diferente a la que había servido en nuestra casa durante los años anteriores y desde mucho antes de mi nacimiento. Oyó la misa adelante, entre las señoras, muy erguida y afectada debajo de todo ese montón de cosas que se había puesto y que la hacían complicadamente nueva, con una novedad espectacular y llena de baratijas. Estuvo arrodillada, adelante. Y hasta la devoción con que oía la misa era desconocida en ella; hasta en la manera de persignarse había algo de esa cursilería florida y resplandeciente con que había entrado a la iglesia ante la admiración de quienes la conocieron de sirvienta en la casa y la curiosidad de quienes no la vieron antes. Yo estaba en los bancos del frente. Me distraje la mayor parte del

tiempo poniendo las cosas en orden, preguntándome por qué Meme había desaparecido de nuestra casa y reaparecía aquel domingo vestida más como un árbol de Navidad que como una señora, o como se habrían vestido tres señoras juntas, con todo y que todavía le sobraban arandelas y abalorios para vestir una señora más.

La estuve mirando todo el tiempo. Y después, cuando terminó la misa, las mujeres y los hombres se detuvieron en la puerta para verla salir; se colocaron en el atrio, en una doble hilera frente a la puerta mayor, y hasta creo ahora que hubo algo secretamente preparado en esa solemnidad indolente y burlona con que estuvieron aguardando, sin decir una palabra, hasta cuando Meme salió a la puerta, cerró los ojos para protegerlos de la luz y los abrió luego en perfecta armonía con su sombrilla de siete colores brillantes. Y así pasó por entre la doble hilera de mujeres y hombres, ridiculizada por ese aspecto de pavo real con tacones que le daba su recargada indumentaria, hasta cuando uno de los hombres inició el cierre del círculo y Meme quedó en el medio, anonadada, confundida, tratando de sonreír con una sonrisa de distinción que le salió tan falsa como todo su aspecto.

Fue entonces cuando mi padre, que la había sostenido como sirvienta durante quince años, la tomó por el brazo, sin mirar a la concurrencia, y la trajo por la mitad de la plaza con esa actitud soberbia y desafiante que tiene siempre, cada vez que hace algo con lo cual sabe que estarán en desacuerdo los demás.